

Dietrich Rall

Vivir con ganas

Josu Landa

Dietrich Rall ha tenido y tiene una vida llamativa: literalmente extra-ordinaria: algo fuera de lo común. Una vida envidiable y, por ello mismo, envidiada por quienes no hemos podido o no nos hemos atrevido a hacer algo semejante a lo largo de nuestras existencias. Este hecho nos coloca en una perspectiva de igual modo infrecuente ante las páginas de su nuevo libro, *Entre culturas y literaturas*. Una cosa es leer el informe de un general sin tropa o el último tratado de un académico confinado en los pasillos y despachos de una institución y marcado por una praxis maquina y formalista; otra, muy distinta, adentrarse en la vívida relación de una diversidad muy amplia de andanzas pletóricas de humanidad: un potente manojito de escritos capaz de *poner en su lugar* muchas fórmulas protocolarias, incluidas las que operan en el mundo académico, justamente porque su vitalidad infunde más fuerza y efectividad expresiva a su compromiso con los grandes valores intelectuales y morales de las *humanitates* y la *universitas*.

Podría demorarme, como en algunas presentaciones tradicionales de libros, en las consabidas noticias sobre las cinco partes de este volumen, y estaría bien, porque el halo de aventura que nimba a los 24 textos así distribuidos —incluyendo los dos últimos, que versan sobre el recurso a la literatura en la enseñanza del alemán— nunca va en desmedro de un rigor académico, que de seguro tiene una de sus principales raíces en el respeto, la afición y aun el amor que el autor profesa por una serie de escritores, personajes de ficción, temas y enclaves geográficos y culturales en los cuatro puntos cardinales. Podría detenerme, por ejemplo, en aquellos escritos muy

documentados y bien articulados, por los que siento una mayor debilidad: “Alexander von Humboldt, personaje literario”, “Rescate o muerte. Los desiertos de Nuevo México y Texas en los relatos de viaje de Karl May”, “América Latina en la obra de Thomas Mann y de su familia”, “Octavio Paz, entre Nietzsche y Buda” y “Sobre la poética de Hans-Georg Gadamer”. Estaría bien hacerlo; pero, por el momento, dejo en manos del lector explorador el gusto de recorrer las páginas de *Entre culturas y literaturas*, forjadas por uno de los suyos: Dietrich Rall: gran rastreador de los signos del mundo, mientras huella su inmensa y variopinta piel con el placer que da la libertad, así como gran buceador en los libros que dan cuenta de las pulsaciones de ese *animal sanctus et venerabilis*, del que hablaba Giordano Bruno. En suma, la relación amena y pregnante de un doble viaje: el que se ha hecho por tierra, mar y aire y su complemento *inmóvil*: la travesía por el mundo hecho literatura y la literatura hecha mundo.

Esos 24 textos referidos conforman una selección: son la parte predilecta de una amplia y buena cosecha: una antología personal. Son los frutos más jugosos de una vida que ha sido vivida con ganas: una vida ejemplarmente sana y fecunda, por lo que tiene de abierta, de libre, de humana, de fuerte, en el sentido que la palabra *fuertza* —*Kraft*, en alemán— suele adquirir con frecuencia en el pensamiento de Nietzsche: una voluntad de poder creativa y ardorosamente antinihilista. Si Dietrich Rall ha sido y amenaza con seguir siendo —porque se le ve admirablemente vivo— un puente entre la cultura alemana y la americana, en especial la mexicana, es porque él mismo encarna lo mejor de Alemania,

no porque se haya propuesto trasegar una trayectoria burocrático-académica. Es porque lo que ha hecho —según registran los escritos que componen *Entre culturas y literaturas*— ha sido una parte sustancial de su vocación y de su propia existencia. Si Dietrich Rall se convierte en una referencia de la literatura comparada —sobre todo la de estirpe germánica— y los estudios culturales, es porque su labor en ese terreno, tanto la de carácter docente como la de investigación, ha sido realizada con ganas, con la misma voluntad de vivir que ha venido propulsando su inquieta presencia en este mundo. En suma, es porque su andadura vital toda —no sólo la de cariz estrictamente académico— ha transcurrido bajo las luces de Goethe, Hölderlin, Alexander von Humboldt, Thomas Mann y Gadamer, entre otros nombres inmensos de su patria cultural y espiritual, al tiempo que él mismo ha ido dando forma y esparciendo una luz propia.

Adriana Haro-Luviano, en su pertinente y afable prólogo al libro, aporta datos concretos con los que, a mi parecer, ilustra las impresiones que acabo de referir. Desde temprano, Dietrich Rall trabajó una honda familiaridad con las novelas de aventuras: una de las formas más vitales de leer los signos del mundo. Me resulta imposible disociar esa experiencia de vida de algunos de los variados textos que componen toda la sección III del libro, “Viajes, aventuras”. Dietrich Rall fue marino, siguiendo la estela de su padre y de su hermano Viktor. Se dedicó a viajar, junto con su amigo Fritz Strube, entre otros parajes, por la accidentada geografía de Bruno Traven, el misterioso escritor-aventurero alemán por el que nuestro autor demuestra profesar una persistente y profunda ad-

miración. Una juventud vivida con la intensidad de la aventura explica el peso de este asunto en la vida ulterior de Rall y en su obra. El propio título de este libro sugiere ese fondo viajero-aventurero, porque sólo así se puede haber estado *entre culturas y literaturas*. En lo personal, me resulta en extremo impresionante la atención puesta por Dietrich Rall en algo tan extraño a uno como la Legión Extranjera. Nunca he conocido otra persona con ese vínculo y, pese a las afecciones más bien adversas que me provoca ese cuerpo castrense, ese ariete imperial, debo agradecer a nuestro autor el hecho de incluir en este libro un par de textos, “El viaje marcial. Experiencias africanas en la Legión Extranjera en narraciones de autores de lengua alemana”, en francés, e “Historia y mito de la Legión Extranjera en obras de autores mexicanos y alemanes”, en alemán, en los que ofrece, al menos, dos observaciones —es decir, miradas— fecundas: la consideración de las narraciones concernientes a grandes desplazamientos de fuerzas militares a lo largo de la historia, como rama de la literatura de viajes, y el examen de motivos relacionados con dicha legión más bien francesa —pese a su nombre y a la diversidad de nacionalidades de quienes la integran—, especialmente la sangrienta gesta de Camarón (Veracruz), tanto en obras de escritores mexicanos como Fernando del Paso, cuanto en escritos de autores germanófonos.

Por supuesto, digo esto sin menoscabo de las páginas y los pasajes en los que Dietrich Rall da cuenta, de manera nítida y sugerente, de sus andanzas por las ciudades imaginarias de Goethe, Keller, Flaubert y Verne o del cuadro de Ciudad de México “que han pintado escritoras y escritores de lengua alemana”, titulado *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*, así como registra sus exploraciones sobre el probable influjo de las imágenes que se habían hecho Johan Jakob Engel y Joachim Heinrich Campe, en relación con México, en el siglo XVIII, sobre los hermanos Humboldt, o celebra las penetrantes elaboraciones con que las novelas de Karl May inventan paisajes mexicanos que marcaron el imaginario de sus lectores alemanes, al tiempo que hace una suerte de con-

cisa recesión del universo textual generado por las indagaciones sobre la impronta de Brasil en la escritura de Thomas Mann y varios miembros de su familia, que vieron en ese país, de donde procedía la madre del gran escritor, justo algo como una *Mutterland*, una madre patria o acaso una *matria*. En fin, hay muchas buenas telas de qué cortar en las 426 páginas que Dietrich Rall dedica a presentar una parte de sus experiencias entre culturas y literaturas diversas.

Lo que, a fin de cuentas, me toca más el corazón, en presencia de este nuevo libro de Dietrich Rall, es su espíritu de fondo, la actitud consistente en abrirse a *lo que habrá de venir o suceder* a uno, que es lo que originariamente significa *aventura* —procedente de la latina *adventura*—. De hecho, es un volumen que desde su integración misma pone al lector en estado de espera y recepción de algo poco común: escritos que examinan relaciones de viajes, junto con textos centrados en aspectos de teoría o historia de las ideas (sobremanera su justo repaso de la poética de Gadamer); lo mismo artículos en alemán, que en francés y, sobre todo, en español —signo de un ágape no sólo políglota, sino multicultural—; escritura eficaz, clara, amena, salpicada de ilustraciones que delatan otra de las vetas artístico-intelec-

tuales de Dietrich Rall: la fotografía, la memoria gráfica de su paso por el mundo. Lo que puede estar influyendo en esa viva impresión es algo que me orilla a un descarado argumento *ad hominem*: es muy probable que mi lectura esté muy determinada por la imagen a que remite Dietrich Rall a todo aquel que lo conozca mínimamente: la de un degustador de lecturas, un consumado músico y fotógrafo, un artista del viaje y la aventura, que se ha dedicado con rigor a los estudios literarios y culturales, por lo que resulta normal esperar de él una cosecha intelectual y académica poderosa, como la que ofrece en este libro. Un libro perfectamente esperable de quien sabemos que ha vivido y vive con ganas y ha hecho de la exploración de las más excelsas manifestaciones de la cultura parte sustancial de ese vivir.

Desde luego, un libro con tales prendas reclama lectores igual de buenos. Lo que ha sido visto con ojos de ave migratoria, oído con tímpanos de sibarita filológico y registrado con manos de artesano del *quattrocento* merece ser leído, atendido y degustado por gente con corazón de águila, paladar de colibrí y luz hermana del sol. **U**

Dietrich Rall, *Entre culturas y literaturas*, Samsara, México, 2014, 426 pp.

© Javier Navarro



Dietrich Rall